

mismos saben, ni miran el estado desventurado de su alma.

¡Oh, malos padres! De vosotros se queja el Eterno Padre, que habiéndoos dado parte de su fecundidad con el nombre honroso de padres, vosotros lo abusais para mayor ruina de las almas. De vosotros se queja el Hijo de Dios, que habiéndoos tomado por sus cooperadores para la salvacion de vuestros hijos, vosotros, en vez de salvarlos, les servís de demonios. De vosotros se queja el Espíritu Santo, que habiéndoos escogido por instrumentos para que hagáis camino en vuestros hijos, con la buena educacion, á sus santas inspiraciones, vosotros se las quitais de sus almas. De vosotros se queja la Virgen María, que deseando tener en los vuestros otros tantos hijos, vosotros los haceis hijos del diablo. De vosotros se quejan los Angeles, que les estorvais los compañeros de su gloria. De vosotros se queja la Iglesia, que le quitais su mayor decoro en los buenos cristianos. De vosotros se quejan las Repúblicas, que les causais con vuestros malos hijos sus daños y trastornos. De vosotros se quejan las comunidades, que con vuestros hijos mal criados les vais á manchar todo su lustre. De vosotros se quejan, en fin, vuestros mismos hijos, porque por vosotros padecen la vileza, la confusion, la deshonra y la infamia: *De patre impio quaeruntur filii, quoniam propter illum sunt in opprobio.* (Eccl. 1. vers. 10.) Y si tales son, y tan justas las quejas, si tan altos como desde el mismo Dios contra vosotros los clamores; si solo se alegra el infierno con vuestro descuido; al to: á criar bien los hijos, para que criados bien, con su buen logro, sean todo vuestro descargo y el aplauso mayor de la gloria.

PLATICAS DOCTRINALES,

SOBRE LOS SACRAMENTALES

DEL AGUA BENDITA Y PAN BENDITO.

PLATICA LXVII.

DE LOS BENEFICIOS QUE RECIBIMOS CON EL AGUA BENDITA.

A 9 de Enero de 1695, en la Casa Profesa de México.

SI al paso que nos afligen los males, nos supiéramos valer de los remedios: si como se abren los ojos al sentimiento en los trabajos, se abrieran á la fé en los mas seguros socorros, ni serían quizá tantas las quejas, ni quizá tantas las aflicciones.

Todo un Ejército de soldados de caballería y de carros, envió el Rey de Syria, para prender á Eliseo: ocuparon una noche los campos todos á la redonda de Dothán; y al amanecer, viendo el criado del Profeta (4. Reg. c. 6. vers. 14.) cercada la Ciudad por todas partes, con tanto aparato de enemí-

gos, con tanto número de soldados, lleno de miedo, desalentado todo, y dándose ya por perdido: Hay, señor, le dice á Eliseo, ¿qué vá á ser de nosotros? ¿qué haremos? Pero el Santo Profeta, puesto en oracion rogó á Dios que abriese los ojos del page para que viese cuántos mas en número y calidad eran los que él tenia á su defensa y á su guarda, que los que lo cercaban á su daño. Abrióle el Señor los ojos, y vió todo un monte lleno de Caballos y carros de fuego que al contorno de Eliséo hacian escolta: con esto perdió el miedo al punto, recobró el aliento, y dijo: Vengan enemigos mientras tal defensa tengamos. ¡Oh, si como aquel abriera nuestra fé los ojos! Muchos son los males que nos cercan, ya en el cuerpo, ya en el alma: muchos los daños que nos afligen, ya en lo temporal, ya en lo eterno; muchos los enemigos que nos combaten, ya visibles, ya invisibles; pero si con la fé viéramos y lográramos cuántas son las defensas que tenemos en nuestro favor prevenidos, en vez de miedos y de quejas, cobráramos con los mas seguros alientos los mas inestimables provechos.

Vimos ya en siete Soberanos Sacramentos tantas fuentes de nuestra vida, tantos balaurtes inexpugnables á nuestra defensa, tantos tesoros inmensos á nuestro socorro, tanta Sangre de un Dios á nuestro espiritual aliento. ¿Y queda solo en esos la defensa de nuestros males? Aun bastaba cada uno solo, para todos; mas como se nos repiten por instantes los peligros, por instantes tambien nos previno la mas soberana Benignidad los socorros. Y si nuestro Señor Jesucristo, con todo el valor de su Sangre nos instituyó los Santos Sacramentos, nuestra Madre la Iglesia, inspirada y asistida del

Espíritu Santo, todo un Dios de amor que la alienata, nos instituyó los que llamamos *Sacramentales*; á la manera, pienso yo, que mientaras un Padre, porque lo es, emplea su caudal todo en ponerle al hijo la finca de un copioso mayorazgo, con todo eso, la Madre por su parte, porque es Madre, aunque así lo vé enriquecido, no deja por eso de solicitarle de lo que ella adquiere de su bolcillo, otras alhajas preciosas, otros muebles de valor, deseosa de su mayor conveniencia. Así de nuestro Padre Divino, si tenemos en cada Sacramento un mayorazgo tan copioso como seguro, de nuestra amorosa Madre la Santa Iglesia tenemos lo que ella adquiere de su misma Magestad, los inestimables bienes de cada uno de los *Sacramentales*.

¿Y qué cosa son, y cuántos los Sacramentales, que quizá á algunos les cogerá de nuevo este nombre? No hablamos de las Sagradas Ceremonias, y solemnes Ritos que la Santa Iglesia usa en la administracion de los Sacramentos Santos, á los cuales por ordenarse á la decorosa veneracion, al religioso culto de los mismos Sacramentos, las llama Sacramentales nuestro Eximio Suares. Otras cosas Sagradas son las que aquí llamamos Sacramentales, porque destinadas por la Iglesia para socorros espirituales de las almas, para espirituales defensas de los daños contra nuestros invisibles enemigos, y de los peligros tambien y daños de los cuerpos, se semejan en su virtud á los Sacramentos, disponen en su modo para bien recibirlos, y suplen de alguna manera algunos de sus admirables efectos. Estas son: la primera, como mas principal de todas, el *Agua bendita*, el *Pan bendito*, la Oracion del *Padre nuestro*, la *Confesion general*, el *Golpe de pecho*, la *Limosna*, la *Bendicion Epis-*

copal, ceñidas todas en aquel antiguo verso: *Orans, tinctus, edens, confesus, dans, benedicens*, á que se reducen otras no tan célebres.

Sacramentales dije que se llaman por lo que en su virtud se parecen á los Sacramentos; porque á la manera que hiriendo el Sol no pocas veces en una espesa nube, de modo la reviste de su rayos, la cerca de sus luces, la hermosea de sus resplandores, que parece otro Sol en el Cielo, á quien llaman los Astrólogos *Parelion*; y si bien ella no es Sol, ni tiene de ese planeta rey la virtud toda, mas lo retrata de modo que tambien reparte ella sus luces. Si cada Sacramento es un Sol, cada Sacramental, aunque no tiene ni con infinita distancia aquella virtud; mas con todo, por los ruegos y oraciones de la Iglesia, hace cada una en el alma y en el cuerpo efectos admirables. ¡Oh, cuántos tiene que abrasar nuestro amor, y tiene que admirar nuestra fé en le primer Sacramental, que es el Agua bendita, y que tan sin atencion le tratamos, que tan poco le estima el uso, que le aprecia tan poco la facilidad! ¡Génio ruin de nuestra ingratitud, que solo lo difícil nos aumenta la estimacion; que solo lo que nos falta nos hace dár valor á su precio! Sabido, ponderado y conocido por la Doctrina Católica lo que es el Agua bendita, cuáles los males de que nos libra, y cuántos los bienes que nos acerca, si no estuviera luego tan fácil por la benignidad de la Iglesia el conseguirla, un pomo solo de Agua bendita no hubiera precio ni valor con qué estimarlo. Instituyóla, pues, el Apóstol y Evangelista San Matéo, como lo refiere San Clemente Romano, (S. Cemet. l. 8. *Constit. ap. c. 35.*) discípulo de San Pedro; y San Dionisio, discípulo de San Pablo, (*Dionys. cap. 2. Eccl. Hie-*

rem.) Tan antigua, pues, como nacida en la misma cuna de la Iglesia, es esta Apostólica tradicion. Promulgóla despues San Alejandro Papa, primer Mártir de este nombre y quinto Pontífice despues de San Pedro, como consta del capítulo: *Quan de consecr. dis. 3.* Y desde allí ha venido siempre venerada de los Santos Concilos, celebrada con prodigios admirables de los Santos, usada por los fieles con innumerables milagros, y solo con blasfemos ladridos de los mas perversos hereges calumniada.

Ya desde la antigua Ley anunciaba luces divinas esta Agua soberana: significábala ya aquel lábio de bronce, (*Paralypom. c. 4. v. 6.*) en que antes de la entrada del Tabernáculo, se lavaban los sacerdotes: ya la célebre agua de la Aspersion, que en los Números, (*Núm. cap. 19.*) y en el Levítico le servia por mandado de Dios al pueblo de Israel, para purificarse de las manchas legales: ya aquella agua milagrosa, que mezclándola con sal el Profeta Eliseo, con ella sanó las amargas aguas de Jericó, y la tierra que antes era estéril la, dejó con eso fructuosa y fecunda: *Benedicimos el agua mezclándola con sal*, dice este Santo Pontífice Alejandro, *para que se santifiquen los que con ella se rocian, porque si la ceniza de la baca mezclada con sangre*, (que eran las aguas de la Aspersion,) *limpiaba aquel antiguo pueblo; y si el Profeta Eliseo, con aquella sal quitó de las aguas la esterelidad, cuánto mejor acá la sagrada Agua, con las oraciones y preces quitará la esterelidad, limpiará las manchas, multiplicará los bienes, desterrará á los demonios y aterrará los fantasmas?* Y aun por eso envidioso el demonio, como mono imitador de la verdad, procuró que imitaran entre sus men-

tiras los gentiles, sin mas efecto que engaños, esta agua, que faltándole la bendicion solo les sirvió de rocío. (*Ænei. 2.*) *Idem tersocios pura circumtulis unda: spargens rore levi, et ramo felicis olive,* dijo por todos los engañados Virgilio; pero esas eran memorias de la supersticion, envidiosa de la verdad.

Ya, pues: ¿cuánto es el valor, cuánto el precio del Agua bendita que tan barata tenemos, ya que duerma nuestra fé, ya que tan poco se aprecie lo eterno y lo temporal? Fácilmente lo diera hoy á entender, si se repitiera á tiempos el prodigio que una vez sucedió en la ciudad de Salerno, y lo refiere Marco Antonio Marsilio. (Marsil. in *Hidragio sec. 2. cap. 6.*) Dice que en aquella ciudad, donde está el sepulcro del glorioso apóstol San Mateo, conoció él á una muger muy anciana, devotísima del Agua bendita, que todos los dias yendo á la Iglesia se rociaba con ella; y sucedióle no pocas veces, que todas las gotas de agua que le caían en las tocas, manto y ropa, se le convertian en granos de oro finísimo; y por esta maravilla tomaron despues sus descendientes el apellido de *Auro fino*. ¡Ah codicia! ¿qué hicieras por tal afecto? Mejor diré, ¡ah vileza del humano corazon! ¿cómo buscarais, cómo estimárais esta agua, si al rociarla, cada gota así se convirtiera en un grano de oro ó en una perla? Pues si una vez obró Dios este milagro, no fué por lo material del oro, que su Magestad desprecia, sino porque así conociera la fé y estimara el alma cuánto es de esta soberana Agua el mas inestimable valor. Vámoslo viendo por sus efectos:

El primer efecto que esta Agua hace en el alma, es limpiarla de los pecados veniales. ¡Oh, si de

estos hiciéramos concepto cuántos son sus males! En lo corporal terrible es la muerte; pero ¿es poco mal, pregunto, un tabardillo? Pues si el pecado mortal es muerte del alma, los veniales son un tabardillo que la encamina á esa muerte. Es el supremo mal el infierno; pero pregunto, ¿les parecen regalo las penas del Purgatorio? Pues si el pecado mortal es el que pone al alma en el infierno, los veniales son los que en el Purgatorio la detienen entre imponderables tormentos. Y, ¡oh! ¿qué pudiera referir de sucesos terribles, de tormentos inexplicables de almas santas, solo por pecados veniales? Y si de estos aun no se escapan los mas justos: si son los que cometemos innumerables; y si en las balanzas de Dios ni uno solo se ha de escapar, ¿qué bien será el tener tan fácil, tan á la mano, tan á cada rato, si queremos, en el Agua bendita su remedio? Mas es menester advertir, que aunque todos los Doctores católicos (D. Th. 4. p. 7. 87. art. 3.) convienen en que tiene el Agua bendita este admirable efecto; pero en el modo, el sentir mas comun, mas seguro es, que no obra por sí sola, ó como ellos dicen: *Ex opere operato*; que eso fuera ser Sacramento. Obra, pues, en virtud de los ruegos de la Iglesia, si el que la recibe con la sumision del alma, con el conocimiento de la fé, junta tambien el arrepentimiento de sus culpas. Esto es lo que nos advierte bien el Catecismo: (*Baseus verb. pœnit. cap. 4. num. 6.*) *Todo esto hecho y dicho con devocion.* Y para bien tan grande, ¿quién no avivará la fé y el arrepentimiento por instantes á lograr esta dicha? Ni pára en eso solo; que esta bendita Agua alienta el corazon y corrobora al espíritu con un espiritual confort. ¡Oh, qué testigos tenemos de esto en aquella admirable

Virgen Santa Teresa de Jesus! (*In Vit. cap. 3.*) *Debe ser, dice, grande la virtud del Agua bendita: para mí es particular y muy conocida la consolacion que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir mas recreacion que no sabria yo darla á entender: como un deleite interior que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido solo una vez, sino muchas, y mirado con grande advertencia: digamos, como si uno estuviere con mucho calor y sed, y bebiese un jarro de agua fria, que parece todo el sentido experimenta el refrigerio.* Hasta aquí de sus experiencias dichas esta Virgen admirable. Y de su gran valor, Santo Tomás (D. Thom. 3. p. 9. 65. art. 1. ad. 6. et in 3. dist. 6. q. 6. art. 1.) afirma que esta bendita Agua tiene una sagrada fuerza moral que quita los impedimentos del alma para que goce de los Sacramentos, excita en ella movimientos de fervor y devocion, con que la encamina al remedio. Y á este intento refiere el *Discípulo*, que un soldado tan enfermo como desalmado, despreciaba los ruegos de un sacerdote que lo exhortaba al dolor de las culpas y á recibir los santos Sacramentos; y viendo que á todo se cerraba, y que todo su clamor era por agua, el buen sacerdote, sin que lo entendiese el enfermo, le dió á beber un jarro de agua bendita, y al instante, ¡oh, bondad infinita! comenzó aquel á pedir con grandes voces que lo confesara; y habiéndole ministrado los Sacramentos, acabó con señales dichosísimas. (Baronius. tom. 1. *Annual. ann. Christi* 57. n. 110.) ¡Oh, cómo hiciera en todos nosotros esta santa Agua efectos tan admirables, si supiera nuestra fé disponerse.

Por esto pues, de costumbre antigua de la Igle-

sia, á la entrada de ella se nos pone siempre á la mano derecha el Agua bendita, (Durant. de Riti-bus *Eccles.* 1. 64. c. 4.) porque ella nos excite en el corazon á estar en el Templo con reverencia, con devocion y con fervor; porque ella nos aliente el espíritu á lograr el fruto de los Sacramentos; porque ella nos aparte las malignas ilusiones con que el demonio nos procura allí privar de tan divinos frutos. Y por eso el antiguo santo Concilio Natanense mandó que todos los Domingos el Párroco, despues de bendecir el Agua con la decencia que pide tanto ministerio, rociára con ella á todo el pueblo. Por eso este santo Concilio dispuso que todos la llevaran á sus casas, la tuvieran en sus recámaras, rociaran con ella sus viñas, sus sembrados, sus ganados, sus habitaciones, para gozar con ella todos los bienes, y para que les sea defensa segura de todos los males corporales y espirituales, como veremos en la plática siguiente. Y ahora para confirmacion de lo dicho y aliento de nuestra devocion, referiré solo de entre innumerables este prodigio que trae de otros autores nuestro Davero Ulpio. (Tom. 2. *Cathecis. Histor. tit.* 20. cap. 10.)

Un Conde de Raceburg, en Alemania, llamado Henrico, tenia presos á algunos ciudadanos de París, afligiéndolos con muchas molestias y tormentos: habia rogado por ellos Ebernoldo, Obispo de aquella ciudad; pero sin que valiesen nada sus ruegos con el Conde Henrico, se estaban aquellos miserables presos. Llegó el dia solemne de la Pascua, y por ser tan gran dia, llevaron los presos á la Iglesia para que oyesen misa; pero con la guarda y todos cargados con sus prisiones, con una gruesa cadena que á todos los ensartaba. Dispúsose el

Obispo á celebrar la misa; y antes de ella, saliendo á decir el *Asperges*, llegó entre la muchedumbre con el Agua bendita á rociar á los presos; echó sobre ellos y sobre las prisiones aquella santa Agua, diciendo el verso del Salmo 145: *Dominus solvit compenditos*. El Señor desata los presos. Y luego al punto, la cadena y los grillos, á vista de todos se quebraron y cayeron por los suelos, dejando á los presos del todo libres. Levantaron la aclamacion y el grito al prodigio; y para memoria del que la merece eterna, se guarda en aquella Santa Iglesia la cadena milagrosamente deshecha á la fuerza del Agua bendita. ¡Cómo pues, esta santa Agua no nos desatará del alma los hierros de veniales culpas, las prisiones que nos han de tener en la cárcel de los mayores tormentos, si con sumision del alma la recibimos, si con devocion y fervor arrepentidos logramos su divino rocío! Que ella, pues, purificando nuestras almas aun de las mas leves culpas, nos restituya á las delicias de la gloria.

PLATICA LXVIII.

DE LA ADMIRABLE VIRTUD Y EFICACIA QUE TIENE EL AGUA
BENDITA CONTRA LOS DEMONIOS.

A 25 de Enero de 1695.

BENIGNO el cielo al despuntar sus luces va desterrando con el bello rocío de la mañana las tinieblas de la noche. No parece sino que á purificar ya el aire, ya la tierra, primero esparciendo el rocío, limpia y hormoséa cuanto pudieran afean las negras sombras, para derramar luego en la luz y el calor, envueltas con la alegría las mayores influencias á la vida. Así vemos al romper la aurora, ¡qué serena transparencia en los aires! y en las plantas todas, ¡qué aljófar, qué bellamente esparcido; y cuanto las fecundiza en las raíces, derrama en las hojas y las hermosea! Es en fin el rocío del cielo el *Asperges* de la aurora, el que entre el dia y la noche desparciendo jurisdicciones, hace retirar huyendo á las tinieblas para que el dia se posesione